



Un hombre comprometido con su tiempo.

EL LABERINTO Y EL HILO

NOVELA Y REALIDAD

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

EN una reciente mesa redonda acerca de "La ciudad y los perros" de Mario Vargas Llosa, realizada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se replanteó el problema del compromiso del escritor con su sociedad. Un ponente del público aludió al ya larga y universalmente debatido tema del deber del novelista con respecto a la sociedad en que se inspira su narración. ¿Está obligado el escritor realista a señalar un camino de apertura a la situación cerrada que muestra la realidad por él elegida como asunto de su creación, o, por el contrario, su misión se limita a permanecer dentro de las fronteras contextuales del suceso relatado? Lo primero implica que el novelista contemporáneo debe rebasar su misión literaria —que no es, claro, gratuita ni se reduce a lo meramente formal— para asumir el papel de sociólogo o quizá moralista; lo segundo, en cambio, lo sujeta a la realidad en lo que ésta tiene de esencial y profundamente histórico. Pocos grandes autores hay hoy en el mundo que por reconocer el compromiso que los ata a la sociedad y al tiempo a que pertenecen acepten, a la vez, la servidumbre (que algunas teorías sectarias le imponen) al "happy end" tácito de la receta dogmática. El realismo actual, al que la mayoría de los escritores han adherido, no es ni el del espejo naturalista ni el de la premonición de la voluntad política. Es por el filo de una navaja por el que transita el artista de nuestro tiempo, a riesgo siempre de ceder a la mera transcripción verista y al candoroso optimismo profético. Si el mundo en el que está inscrito es un mundo en crisis, aunque desee, confíe o sepa que dicha crisis es signo de cambios y progresos que equivaldrán a la superación del trance, los sucesos novelados no tendrán por qué derivar, por un mecanismo ajeno a la literatura, en ninguna certeza sociológica. Menos, por cierto, movido por el presunto deber de no ser negro en su visión humana. ¿Y qué decir de la novela del margen subdesarrollado del orbe en relación con este problema? Es ingenuo, por decir lo menos, novelar cualquiera de los aspectos del desajuste social que padecemos poniendo en la entre-línea, como una suerte de antídoto del horror, la convicción de que el desarrollo, a la larga, sobrevendrá y restablecerá la justicia. Pongamos un ejemplo hipotético: un escritor que escoge un tema de la horrenda vida de la barriada, ¿está obligado a epilogar su drama —pues su narración será necesariamente dramática— con un cántico a la reivindicación del derecho popular a una existencia digna? Es en este punto donde los partidarios del llamado "realismo social" se encuentran en una posición equiparable a la de los partidarios de la literatura fantástica. La reivindicación vendrá, desaparecerán los factores socio-económicos que determinan la miseria de la barriada y la degradación humana que ahí se engendra, y desaparecerán al fin la propia barriada y sus secuelas. La novela —como ocurrió con Dostolevsky— habrá contribuido, si ha sido buena literatura, a crear una conciencia social sin haber traicionado su índole artística, y será, además, eterna.

En la mesa redonda mencionada se cito a Balzac. El ejemplo es aplastante. Un novelista que fue monárquico y conservador, un reaccionario para decirlo llanamente, resultó el escritor más progresista de su tiempo. Marx fue uno de los que lo reconoció y, lo que es más, descubrió, que aun sin quererlo, el novelista penetró la realidad: en "El cura de aldea" aparece un personaje que dice: "Si el producto industrial no fuese el doble en valor que su precio de costo en dinero, el comercio no existiría". Es decir, que Balzac, reaccionario políticamente pero fiel al compromiso del escritor con su país y su época, intuyó nada menos que la Plusvalía, realidad de la estructura económica oculta entre los pliegues de la realidad fáctica. El compromiso a que se alude cuando se trata de escritor y comunidad no constituye filiación, ni siquiera reclama fidelidad a una teorización previa. Historia y naturaleza humana poseen a quien se sumerge en el flujo de la vida y artísticamente capta de ese curso los elementos fundamentales. Permanecer en la superficie o querer dirigir la corriente en un sentido dado, inclusive en el que más le conviene a la sociedad, es liquidar la vida. Y el "mensaje" de la obra literaria no puede ser otro que aquel que está entrañado inseparablemente en la historia y en la naturaleza humana, opuesto al de la ficción melodramática "donde —como decía Brecht— se tiembla por la huérfana con la certidumbre de que será salvada".